

Napoleón III, después de estudiar por sí mismo los varios proyectos que se habían elaborado inútilmente hacía cerca de un siglo, acababa de resolver sobre la ejecución de un conjunto de obras que debían proporcionar al puerto de Dieppe todas las mejoras apetecibles. La playa presentaba un triste aspecto: grandes reductos de tierra impedían, sin necesidad alguna para el defensor de la ciudad, que se vieran las orillas, y antiguas torres, mutiladas hacía largo tiempo, oponíanse á las mejoras. Todos estos obstáculos iban á desaparecer ahora ante la voluntad del emperador; cubriéndose de césped y de flores, la playa debía transformarse en un paseo magnífico, que en una extensión de más de mil doscientos metros se prolongaría entre la ciudad y el mar desde el acantilado del castillo hasta el agua.

La residencia de SS. MM. en Dieppe se había señalado también por numerosos actos de beneficencia. La emperatriz había visitado varias veces el establecimiento donde las niñas pobres reciben la instrucción primaria á la vez que aprenden la fabricación de blondas; hizo importantes adquisiciones en la fábrica, que durante largo tiempo había sufrido escasez, y tomándola bajo su patrocinio, le dió cuarenta mil francos. Conmovidá por las miserias de que tan á menudo eran víctimas, por tantos accidentes y siniestros, los marinos, los pescadores y sus familias, quiso asegurarles una protección eficaz creando bajo el título de «Sociedad de Nuestra Señora del Buen-Socorro» una asociación de asistencia mutua entre las casas de la ciudad de Dieppe y todas las localidades que dependen de aquella circunscripción marítima. Los habitantes no habían admirado menos la caridad de la emperatriz que su radiante hermosura.

XVI

EL VIAJE POR EL NORTE

Napoleón III y la emperatriz iban de palacio en palacio y de ovación en ovación: después de las Tullerías, Saint Cloud; después de las aclamaciones en Dieppe, las de los departamentos del Norte. En estos últimos hicieron una excursión triunfal á fines de septiembre de 1853. El mismo día de la salida de Saint-Cloud llegaban á Arras, donde encontraron las diputaciones de novecientos distritos del Paso de Calais, cada cual con su bandera y su divisa. Las hermanas de la Caridad habían situado delante de la fachada del hospital las pequeñas huérfanas, como para ponerlas bajo la protección de la soberana. Desde lo alto de un arco de triunfo que representaba la antigua puerta de Arras, un grupo de jóvenes hizo llover flores sobre el coche de los soberanos.

A la entrada de la catedral, el obispo Monseñor Pasiris dirigió esta alocución al emperador: «Señor: bastante hay para ensalzar en la persona augusta de V. M. las cualidades supereminentes que la distinguen, esa serenidad de alma que nada perturba, esa fuerza de voluntad que de todo triunfa, ese golpe de vista seguro que sorprende siempre la verdad de las cosas, y en fin, esa maravillosa superioridad ante la cual todos los obstáculos se allanan y todas las escabrosidades desaparecen. Nosotros, Señor, que tenemos los pensamientos por encima de este mundo, porque no es de aquí nuestro reino, debemos ofrecer otros homenajes. En V. M. hay alguna cosa que predomina sobre todos los dones de la naturaleza, y es la misión que ha recibido del cielo. Sin duda es glorioso subir al trono por las aclamaciones del pueblo, coronada la frente con el brillo del nombre más grande de los tiempos modernos; pero mucho más glorioso es aún ser ministro privilegiado de la Providencia para la salvación de una gran nación y para la paz del mundo..... Señor, nosotros admiramos á V. M. como hombre y os veneramos como príncipe, pero como instrumento de los beneficios de Dios os bendecimos con amor.» A la entrada de la Prefectura cincuenta jóvenes vestidas de blanco ofrecieron á la emperatriz ramos de violetas y dirigiéronle un cumplido en verso. La soberana les dió gracias con efusión.

El 23 de septiembre, después de haber visitado Valenciennes, donde desfilaron delante de SS. MM. compañías de obreros de las minas con su traje de diario, sus instrumentos en la mano y la lámpara del minero en sus sombreros, el emperador y la emperatriz hicieron su entrada en Lila. El alcalde ofreció á

Napoleón III las llaves de la ciudad, las mismas que fueron ofrecidas en otro tiempo á Luis XIV y á Napoleón I. Al día siguiente el emperador salió á pie para visitar los hospitales, y por la noche asistió con la emperatriz á un magnífico baile en la Casa de la Ciudad.

El 25 de septiembre SS. MM. visitaban el campamento de Saint-Omer, el 26 Dunkerque y el 27 Calais y Bolonia. En todas partes los mismos *vivas* é iguales ovaciones: en Bolonia, en esa ciudad donde Napoleón I había equipado una flota, formando un campamento para invadir Inglaterra, varios ingleses entregaron á Napoleón III un mensaje concebido en términos entusiastas. «Rogamos á Dios que Francia conserve á V. M. para cimentar sus amistosas relaciones con la Gran Bretaña y hacer de ambos países los guardianes de la libertad europea..... Si el mundo admiró las proezas de Napoleón I en los campos de batalla, no admira menos la magnanimidad de su sucesor, cuyo imperio es la paz..... Rogamos al cielo que prodigue las más dulces bendiciones sobre Su Majestad la emperatriz, cuyo mérito y virtudes adornan el trono y cuya felicidad es la solicitud constante del más caballeresco afecto.» Después de las recepciones oficiales, el emperador admitió á su presencia á la diputación de los pescadores de Bolonia, que ofrecieron á la emperatriz un pez de plata en una red del mismo metal, haciendo á SS. MM. un cumplido en verso, recitado por una de esas mujeres que había tenido ya, según lo recordó, el honor de cumplimentar á Napoleón I.

SS. MM. subieron después á una carretela descubierta para ir á ver la columna dedicada por el Gran Ejército á la gloria del fundador de su dinastía. A pocos pasos más allá de esta columna hallábase la tienda de Napoleón I, cuando distribuyó por primera vez á sus compañeros de armas la cruz de la Legión de Honor. Napoleón III se detuvo allí algunos instantes para describir á la emperatriz aquella solemnidad nacional.

Napoleón III hubiera podido recordar á la emperatriz que allí, delante de aquella misma columna, fracasó tan miserablemente, el 6 de agosto de 1840, en su intentona contra Luis Felipe; que allí se reunieron la guarnición, la guardia nacional y la población á los gritos de «viva el rey,» y que él mismo, arrojándose al mar con la esperanza de ganar á nado el vapor en que había venido, fué detenido en medio de las olas por barqueros y gendarmes. En cambio ahora veía en el puerto un arco de triunfo erigido en su honor; los buques estaban empavesados, y los marinos, las tropas y la población hacían resonar en los aires sus entusiastas aclamaciones. ¡Qué diferencia entre los dos días, entre el 6 de agosto de 1840 y el 27 de septiembre de 1853!

El 28 SS. MM. llegaban á Amiéns, donde la recepción fué sobre todo notable por el discurso que pronunció en la catedral el obispo de la diócesis Monseñor de Salinis. Tal vez jamás Napoleón III y la emperatriz Eugenia habían sido objeto de alabanzas tan ditirámicas, ni nunca tampoco se había celebrado con semejante lirismo la alianza de la Iglesia y del emperador. El obispo se

expresó en estos términos: «Señor: el Emperador vuestro tío decía en esta catedral, hace muy cerca de medio siglo, *que un ateo no estaría aquí á su gusto*. A vuestra alma, tan sinceramente cristiana, debe serle agradable hallarse en este recinto, frente á una de las manifestaciones más maravillosas de los siglos cristianos. Ya sabéis que esta noble Francia, cuyos destinos están en vuestras manos, no es la reina de la civilización sino porque es la hija mayor de la Iglesia. Unida con ésta, siempre marchó á la cabeza de los pueblos, abriéndoles el camino para todos los progresos, y cuando se trató de separarla de la Iglesia, vióse la vacilar é inclinar con ella el mundo hacia el abismo.»

Monseñor de Salinis recapituló después los servicios prestados á la Iglesia por Napoleón III. «La historia, dijo, mostrará la antigua espada de Francia protegiendo en nuestros días, como en tiempo de Carlomagno, la libertad del mundo católico, aquel que en sí resume la inmortal autoridad; hará ver el camino de Roma abierto para los sacerdotes y los fieles; la fe de los pueblos, rejuveneciéndose en esa fuente de la antigua fe; dirá que los obispos, reunidos en concilio, reanudaban la cadena de las antiguas tradiciones, agregando eslabones nuevos para nuevas necesidades; y señalará la feliz emulación que, mientras que la religión abría asilos á la juventud en todos los puntos de Francia, introducía en todas las escuelas del Estado saludables reformas y un espíritu más cristiano, reconquistando así la confianza de las familias.»

El obispo no elogió menos á la emperatriz que al emperador. «El porvenir, dijo, señalará, como una de las gracias especiales con que fuisteis favorecido, el pensamiento que Dios hizo nacer en vuestro corazón al asociar á vuestros destinos una princesa que endulza tanto vuestra existencia. De esto no han podido dudar ni un solo instante, séame permitido decirlo, los que antes de esta fortuna inesperada, cuando las palabras no podían ser adulación, oyeron hablar á los testigos de los primeros años de esa princesa. No ignoraban que en su noble corazón la elevación de ideas y de sentimientos traspasaba el nivel de un carácter privado, instintos ardientes de beneficencia y una ambición de caridad que no hubiera podido satisfacerse más que en un trono. Había nacido soberana, y Dios hizo su alma á la altura de la misión que con V. M. comparte.»

Tal vez jamás la emperatriz Eugenia había recibido elogios tan lisonjeros, y su corazón de española y de francesa se conmovió particularmente por las palabras con que el obispo terminó su discurso: «Temo abusar, señor, de la benevolencia con que os dignáis escucharme; pero me urge añadir dos palabras. No somos nosotros los que podríamos extrañarnos al ver que los dones del cielo nos llegan del otro lado de los Pirineos. Pues de allí vino, muy pronto hará mil quinientos años, el don de la fe. La Iglesia de Amiéns es hija de España; nuestros padres fueron criados en la fe de Jesucristo por un santo mártir nacido en Pamplona, y los recuerdos del apóstol de Amiéns nos han acostumbrado á venerar y amar el nombre de Eugenia, porque era el de la madre de San Fermín.»

El 29 de septiembre SS. MM. estaban de regreso en Saint-Cloud después

de una semana triunfal. Es preciso que los jefes del Estado tengan la cabeza bien segura para no dejarse embriagar por el perfume del incienso que se quema á sus pies durante esas visitas oficiales en que los funcionarios interesados en mostrarse celosos organizan con un hábil aparato escénico el entusiasmo de las poblaciones. Los que, como Napoleón III, no han conocido la prosperidad hasta después de los malos días, no se infatúan tanto como otros por esas ruidosas demostraciones de abnegación y de fidelidad. El antiguo proscrito, el antiguo cautivo de Ham, había escudriñado en demasía el corazón humano para dar una importancia exagerada á las ovaciones de que era objeto, después de sufrir tantos sarcasmos. La experiencia le había demostrado que en Francia nada triunfa tan pronto como el buen éxito, y también sabía que en este país no se debe ser desgraciado. Hasta en el tiempo de sus más brillantes esplendores, Napoleón III conservaba siempre un fondo de filosofía y de tristeza.

XVII

COMPIÈGNE

El emperador y la emperatriz salieron de Saint-Cloud el 12 de octubre de 1853 para ir al palacio de Compiègne, donde permanecieron hasta el 27. Compiègne era, por decirlo así, el lugar de la residencia imperial, y Napoleón III observaba allí durante algunos días la vida de castillo de los grandes señores ingleses. Había hecho una entrada solemne en diciembre de 1852, y en 1853 volvió más sencillamente. La emperatriz se veía de nuevo con placer en aquel palacio, donde el año anterior no era aún soberana y donde el emperador experimentó por ella un afecto tan verdadero y profundo.

En 1852 ella y su madre ocuparon, como los demás convidados, habitaciones muy modestas.

En 1853 se instaló en aposentos magníficos del piso bajo, por el lado del parque. El salón de las flores, cuyos adornos datan del primer Imperio y cuyos ocho tableros, que representan diversas especies de lirio, son obra de Dubois padre; el salón de reposo tiene el techo pintado por Girodet y dividido en cuatro partes: la Marcha de un guerrero, el Combate, la Victoria y el Regreso; el salón de las damas, cuyo decorado y muebles son del primer Imperio, y los coronamientos de las puertas, pintados también por Dubois, representan Minerva, Juno, Flora, Ceres, Hebe y Diana; en la alcoba, que había sido la de la emperatriz María Luisa, Girodet pintó la Aurora en medio del techo, y en los cuatro tableros, el Verano, la Primavera, el Invierno y el Otoño. El gabinete tocador, donde hay un magnífico espejo de bronce dorado, que perteneció á María Luisa, y una bañera, la cual, cubierta de una tela, presenta el aspecto de un canapé; y por último, el salón de música, con los coronamientos de las puertas pintados de gris por Sauvage, representando amorcillos que juegan con flores y frutos.

Así como el año anterior, se almorzaba y comía en la galería de las fiestas, y después de esto último se pasaba al salón de los mapas, que á guisa de tapices contiene tres cartas geográficas inmensas del bosque de Compiègne. Se hablaba y se bailaba sin orquesta, al son de un piano mecánico que solamente toca tres aires, un vals, un rigodón y una polka.

Para los hombres el traje era la levita; para las mujeres, los vestidos que se usan por la mañana. Por la noche, los primeros llevaban frac negro, corbata blanca y calzón corto, y las segundas traje de baile: nadie iba de uniforme.

He aquí la lista de los invitados al palacio de Compiègne durante la permanencia de SS. MM. en 1853: el rey Jerónimo, el príncipe Napoleón, la princesa Matilde; lord Cowley, embajador de Inglaterra, y lady Cowley; el príncipe José Poniatowski, ministro de Toscana; el conde y la condesa de Persigny; el conde de Hatzfeldt, ministro de Prusia, y la condesa, hija del mariscal Castellane; M. de Wendland, ministro de Baviera; el ministro de Portugal y Mme. de Paiva; el barón Waetcher, ministro de Wurtemberg; el duque y la duquesa de Cambacères, el mariscal, Mme. et Mlle. Magnán; el general Narváez, duque de Valencia; el conde de Galve, hermano del duque de Alba; el marqués y la marquesa de Pastoret, el ministro de Bélgica y Mme. Fumin-Rogier, el conde de Morny, el duque de Mouchy, el conde de Caumont-Laforce, el mariscal de Saint-Arnaud y su esposa; M. Drouyn de Lhuys, ministro de Negocios extranjeros, y su señora; el barón Jaime de Rothschild, el general conde de Ornano, M. y Mme. Amédée-Thayer, el conde León de Leaborde, el marqués de Las Marismas, M. Thouvenel, director de la política en el ministerio de Negocios extranjeros; el conde Aguado, M. de Silveira, Mme. Gauld, el caballero de Antas, la baronesa de Serlay, el mariscal Vaillant, el duque y la duquesa de Bassano, el general de Tascher de La Pagerie y su hija la condesa de Estefanía, M. Aquiles Fould, el general Roguet, M. Eduardo Delessert, el general Canrobert, el coronel conde Edgardo Ney, el marqués de Gricourt, el marqués de Toulougeón, el barón Lambert, el vizconde de Latour-Maubourg y el barón Delaage.

Todos los ministros se reunieron varias veces en el palacio de Compiègne para asistir al Consejo presidido por el emperador, el cual se celebraba en la antigua alcoba de Luis XVI. Los coronamientos de las puertas, pintados de gris, representaban los cuatro predecesores inmediatos de este soberano: Enrique IV, Luis XIII, Luis XIV y Luis XV. La sala está decorada con tapices de los Gobelinos de fines del siglo XVIII, representando: sacrificio de Palas según Suvée; sacrificio de Juno, por Collet, y sacrificio á Ceres, por el mismo pintor. Aún se ve la mesa redonda, cubierta de un tapete de terciopelo verde, alrededor de la cual se reunía el Consejo de ministros presidido por este soberano.

La sala del Consejo está contigua á la habitación que después de haber sido alcoba de Napoleón I, de Luis XVIII, de Carlos X y de Luis Felipe, era la de Napoleón III. El techo está dividido en compartimientos pintados de gris, con realces de oro, que forman como los marcos de cuatro cuadros de Girodet, la *Guerra*, la *Justicia*, la *Fuerza* y la *Elocuencia*. Los muebles y los bronceos datan del primer Imperio.

Junto á la alcoba del emperador está la habitación que le servía de biblioteca y de despacho. El techo, pintado por Girodet, representa Minerva, Apolo y Mercurio, y está rodeado de seis compartimientos pintados de gris que contienen figuras alegóricas: la Musa trágica y la Musa cómica; la Arquitectura y la Pintura; el Comercio y la Abundancia; la Geografía y la Astronomía; la Poesía y la Historia; la Guerra y la Prudencia. El friso de la cornisa está adorna-

do de pequeños retratos, en color gris, de los principales escritores de Francia.

Así como las habitaciones de la emperatriz, las del emperador están situadas en el piso bajo y dan á un terrado que, circuido de canastillas de flores, desciende en suave pendiente hacia el parque. A un lado y otro de aquél hay escaleras que penetran en la hierba, y al pie de la de la izquierda arranca la prolongada bóveda cubierta de follaje y espesura que Napoleón I mandó construir, imitando la de Schoenbrunn, y que se llama «Cuna de María Luisa.» Frente al castillo se desarrolla el extenso prado, de cincuenta metros de anchura, ante el cual se ven las estatuas de Ulises y de Filoctetes y que se extiende hasta Beaux-Monts.

Tal vez no haya en Europa residencia imperial ó real más apropiada que el palacio de Compiègne para la vida de castillo. Napoleón III se complació mucho en hacer los honores á la gran duquesa viuda de Baden, Estefanía, hija del conde Claudio de Beauharnais. Nacida el 28 de agosto de 1789, y adoptada por el emperador Napoleón el 3 de marzo de 1806, había casado el 8 de abril del mismo año, en el palacio de las Tullerías, con el príncipe hereditario de Baden, Carlos Luis Federico, que ocupó el trono gran ducal en 1811 y murió en 1818. Su viuda permaneció en el gran ducado, donde era muy respetada y donde trató de mantener buena armonía entre sus dos patrias Francia y Alemania.

La gran duquesa Estefanía llegó al castillo de Compiègne el 21 de octubre de 1853, y el emperador, que por naturaleza era muy agradecido, no olvidaba la simpatía que ella le manifestó cuando estaba proscrito y era desgraciado. Desde su infancia profesaba un afecto profundo á esta parienta, tan fiel á la memoria del gran emperador, y feliz por poder presentarse á ella, no ya como desterrado, sino como soberano poderoso, la recibió en Compiègne con la más cariñosa cordialidad.

La cacería que se verificó en el bosque el 21 de octubre tuvo un fin triste á causa de un accidente que un testigo ocular, la condesa Estefanía de Tascher de la Pagerie, refirió en estos términos: «Cerca del coche donde estábamos con lord Herford hallábase Hortensia Thayer, hija del general Bertrand, el fiel entre los fieles del emperador Napoleón I. Estaba á caballo; era una encantadora amazona, y nosotros admirábamos su gracia y elegancia, cuando de improviso el ciervo desemboca por nuestro lado y empuja el caballo de Hortensia tan violentamente que nuestra pobre amiga fué á chocar contra el vehículo. Hortensia se dejó caer al punto en los brazos de su esposo, estremecido de espanto; se la llevaron, y no tardamos en saber que se había fracturado una pierna. La consternación se ha propagado en aquella sociedad tan alegre y animada pocos minutos antes.... Inútil parece decir que no ha habido ni ruidosas tocatas, ni carrera de las antorchas por la noche, pues todos vuelven aterrados al castillo. La comida fué lúgubre, sin música militar, y á las diez, cada cual había subido á su habitación. Un tren especial, ordenado por el emperador, ha conducido á la dama herida á París, y después á su casa, en cumplimiento de su deseo.»

Prescindiendo de este accidente, la estancia de SS. MM. en Compiègne fué muy agradable. En la sala de espectáculos del castillo se dieron dos representaciones, una el 12 de octubre y la otra el 22; en la primera se representó *Filiberta*, comedia en tres actos y en verso, de Emilio Augier, desempeñada por los actores del Gimnasio con muy buen éxito. La distribución era la siguiente:

El caballero de Talmay.	MM. BRESSANT.
El duque de Chamarande.	DUPUIS.
Raimundo de Taulignán.	LAFONTAINE.
El conde de Olivón.	LANDROL.
El notario.	ANTONIO BLONDEL.
Filiberta.	Mmes. ROSE-CHÉRI.
Julia.	FIGEAC.
La marquesa de Grandchamps.	MÉLANIE.

El emperador, muy satisfecho de la comedia, preguntó á su autor qué se debía hacer por las letras. «Señor, contestó Augier, es muy sencillo: es preciso amarlas.»

El 22 los actores de Variedades representaron el vaudeville en un acto *Rico en amor*, de Javier Duvert y Lausanne, y *Los Saltimbanquis*, en tres cuadros, de Dumersán y Varin. Arnal hizo reír mucho en *Rico en amor*; pero *Los Saltimbanquis* no agradaron. La emperatriz demostró su descontento, y dijo que no se explicaba el gran éxito de aquella producción. M. Alphonse Leveaux ha escrito en su curioso libro *El Teatro de la corte en Compiègne durante el reinado de Napoleón III*: «La emperatriz tenía razón; el espectáculo era mal escogido, y ésta ha podido observar más de una vez que el conde Bacciocchi, encargado entonces, como superintendente de los teatros de la corte, de indicar las piezas que podían representarse, demostraba poco discernimiento é informaba mal á la emperatriz, que se había reservado la dirección superior. Por lo demás, las piezas alegres no eran muy de su gusto; mientras que lloraba á lágrima viva por las menores escenas de un buen drama verdadero, más ó menos mediano. El emperador, por el contrario, no desdeñaba el repertorio del palacio real, y cuando estaba de buen humor reía ruidosamente, de la mejor gana.»

El 26 de octubre, á la una de la tarde, los convidados se despidieron del emperador y de la emperatriz para regresar á París. Pocos momentos después, SS. MM. y la gran duquesa de Baden, Estefanía, se dirigían al embarcadero, donde un tren especial esperaba para conducirles á Chauny, en el departamento del Aisne. Desde aquí fueron en coche al fuerte de Ham, adonde llegaron á las tres y media. En el tiempo de sus esplendores, agradábale á Napoleón III recordar sus malos días. Cuando estuvo prisionero en Ham había cobrado afecto al abate Tirmache, cura de la ciudad, y una vez emperador, le nombró limosnero de las Tullerías, con el título de obispo de Adras. El 26 de octubre de 1853 el antiguo cura se hallaba en el fuerte de Ham para recibir al cautivo de otro tiempo. Napoleón III pasó una hora enseñando á la emperatriz y á la gran du-

quesa Estefanía la fortaleza de Ham y el triste alojamiento donde estuvo encarcelado durante seis años; hízolas tomar un refrigerio á la sombra del tilo bajo cuyo follaje se había sentado muy á menudo y ofreció meriendas á los niños de las escuelas. SS. MM. salieron de Ham después de haber dejado allí pruebas de su munificencia, y volvieron á Chauny en el momento de cerrar la noche. La ciudad y las fábricas que se encuentran antes estaban iluminadas, en todas las ventanas había banderas, y la población profería entusiastas aclamaciones. Por la noche el emperador y la emperatriz estaban de vuelta en Compiègne, de donde salían otra vez para Saint-Cloud al día siguiente, 27 de octubre.